

FILENO.

¡Castas abejas, que en el flavo Estío
Juntáis el polen de las tiernas violas
Y libáis en sus nítidas corolas
El opalino y gélido rocío!

Decidme, os ruego: en qué breñal sombrío,
En qué plantel de rúbeas amapolas,
En cuáles grutas tétricas y solas
Teneis oculto vuestro hogar natío?

¡Decídmelo por Dios! Si no me es dado
Celebrar en idilios inmortales
La piedad y valer del gran Prelado,

Entraré en los oscuros lauredales,
Y en cestillo de mimbres aparado
Le he de juntar violetas y panales.

ALCINO.

Mancebo aún, la mitra y el cayado
De Palafox, en premio á la excelencia
De su ingenio, virtudes y alma ciencia,
Recibe, no gozoso, resignado.

La esteva empuña del fecundo arado
Sin ver atrás, dichoso en apariencia;
Y tiene á su redor por su elocuencia,
Nuevo Anfión, á su místico ganado.

Ruge y fulmina en temeroso instante
Sobre la Puebla, tempestad sombría
Que el zafir escondió y el sol brillante;

Al insigne Prelado envuelve impía;
Mas no le inmuta el plácido semblante
Ni amengua de su pecho la energía.

FILENO.

Intenten otros halagar su oído
 En dulces trovas encumbrando al cielo
 Sus raras prendas, su exquisito celo
 De gran Prelado y de Pastor garrido.

Yo, lugareño, iré por el florido
 Terruño patrio con doblado anhelo
 De la paloma persiguiendo el vuelo
 Por sorprenderla en su amoroso nido.

Y he de cortar en la vecina fuente
 Toronjil y mastranzo; y en festones
 Los trenzaré con el cantueso oliente;

Y seguido de rústicos garzones,
 Le he de llevar el rústico presente;
 Pues no desdeña los campestres dones.

ALCINO.

Por defender del templo y los altares
 La inmunidad, el crédito y decoro,
 Por salvar de los pobres el tesoro,
 Dejó, forzado, los nativos lares.

Él acalló de los inquietos mares
 Con sus lamentos el gemir sonoro;
 Y con la linfa azul mezcló su lloro
 Herido por hondísimos pesares.

Y lejos de la patria, sin consuelo,
 Del ronco Tibre cabe las bermejas
 Aguas, detuvo el fatigoso vuelo.

Allí exhalóse en amorosas quejas,
 Hasta mover al irritado cielo
 En favor de sus míseras ovejas.

FILENO.

¡Oh memoria infeliz, memoria aciaga
 Digna por siempre de perpetuo olvido,
 Que aun desgarras temática el herido
 Pecho amoroso cual punzante daga!

Recuerdo que esa noche el aura vaga
 Sobre las ondas remedó un gemido;
 Y que la luna el ponto obscurecido
 Saliente hendía como adusta maga.

La espúmea linfa de la azul bahía
 Rizaba corva la barquilla y leda
 Que al proscrito Prelado conducía;

Quien al rumor de la sulcante rueda,
¡Adios, hijos del alma. . . . nos decía,
Si yo me voy, mi corazón se os queda!

ALCINO.

Ángel, que cubres con tus blondas alas
 Templos y muros de la excelsa Roma,
 Y aquellos huertos de encendida poma
 Antiguo reino de la docta Palas;

Tú viste ayer, en las soberbias salas
 Del Vaticano que los siglos doma,
 Entrar huyendo á la infeliz paloma
 De torvo sacre y de asesinas balas.

Allí se alberga; y el noveno Pío,
 Al acogerle bajo el propio techo,
 Su celo aplaude, y su entereza y brío.

Y el palio, allí, del Tártaro á despecho,
 De nueva dignidad nuevo atavío,
 Cobija y cura su llagado pecho.

FILENO.

Una vez y otra recorrió el aprisco
 Por la ternura de su amor llevado;
 Y la copiosa grey condujo al prado
 Donde crecen la rosa y malvavisco.

¿Quién no le vió subir de risco en risco
 Y guarecerse en rústico techado,
 Y al mediodía, débil, fatigado,
 Reposar á la sombra del lentisco?

El calor del Verano, la neblina
 Del Otoño, los hielos y tormenta,
 De otros arredren la virtud mezquina.

Su celo ardiente con la lucha aumenta;
 Y rondando del valle á la colina,
 De su hermoso redil al lobo ahuyenta.

ALCINO.

Era Pastor de innúmeras ovejas,
 Que desparcidas en el monte ingrato,
 El eco no escuchaban del silbato
 Ni del zagal las doloridas quejas.

El negro lobo y tábanos y abejas,
 Las seguían con hórrido conato;
 Y, pavoridas al buscar el hato,
 Desgarraba la espina sus guedejas.

De gratitud es digno y alabanza
 El que escucha los flébiles clamores
 De su rebaño, y la salud le afianza.

Y Él, que en grupos divídase menores
 La numerosa grey, rogando alcanza
 Del supremo Pastor de los Pastores.

FILENO.

Rompe las auras aunque añoso el pino
Y desparrama su frescor y encanto;
Y siempre abriga con flotante manto
Al débil junco y arrayán mezquino.

Y destierra quebrando al torbellino,
De los tiernos arbustos el espanto;
Y de las aves acompaña el canto
Con el vetusto susurrar divino.

Es á la grey inexpugnable muro
Si en la pradera que su tronco asombra
Se apace, y bebe del arroyo puro.

¡Dulce Prelado! en la gramínea alfombra,
Así bien puede reposar seguro,
El que se acoge á tu dulzor y sombra.

ALCINO.

Sube á la esfera secular encina
Envuelta siempre con ropaje gayo,
Siempre triunfante del calor de Mayo,
Triunfante siempre de hibernal neblina.

Y no abaja la frente peregrina
Aunque le hiera el coruscante rayo;
Y acorre y salva de letal desmayo
A la vid que á su tronco se avecina.

Gramas abundosa y cristalina fuente
Nutre á su pie; y ofrece flor y nido
Al melífero enjambre y reluciente.

Esa encina eres tú, Pastor querido,
Que resistes al Noto y rayo ardiente
Y nos brindas refugio bendecido.

FILENO.

Bello el laurel, de solitario río
 En la escarpada y húmida ribera,
 Si la rubia fragante cabellera
 Da á las auras bañada de rocío;

Bello, si presta fúlgido atavío
 A la gloriosa tricolor bandera
 Del Anáhuac; y bello en la severa
 Sien de un César ó milite bravío.

Y más bello si en flor, recién cortado
 De la locuaz y vaporosa fuente,
 Ciñe al poeta que cantó inspirado.

Pero será bellissimo, la frente
 Canecida del ínclito Prelado
 En rama coronando reluciente.

ALCINO.

Bella la palma si al mecerla el viento,
 Tras siglo y siglo de gloriosa vida,
 Del sol al rayo muéstrase teñida
 De oro y carmín en páramo sediento;

Bella, al fulgor del hondo firmamento
 En la alta noche, cuando vese erguida
 Cual negra estatua, é inmoble y adormida
 Del ronco autillo al destemplado acento.

Y bella, si en el lago se retrata
 Al claror de la luna, su tocado
 Luciendo y veste de bruñida plata.

Pero será más bella, si al preciado
 Laurel une sus hojas de escarlata
 Y la frente corona del Prelado.

FILENO.

Hay negras uvas, béticas manzanas;
A los naranjos é índico ciruelo
Encorva el fruto hasta llegar al suelo
Las frentes rubicundas y lozanas.

Son hermosas y tibias las mañanas;
Frescas las tardes; con silente vuelo
Cruza la luna el adormido cielo
Rielando en lagunas y fontanas.

¡Ven, dulce Padre! Embota el agrio filo
Del padecer, y al corazón latiente
Cura y aquieta retirado asilo.

Ven, deja. . . ven, la corte maldiciente,
En esta aldea á respirar tranquilo
De la montaña el perfumado ambiente.

ALCINO.

Hay verdes cerros y extendidos llanos
Libres aún de azada y escardillos,
Donde sofoca á malvas y tomillos
Ínvida fresa de purpúreos granos.

Los madroños, cerezos y avellanos
Dan sombra á los gramales amarillos;
Y allí saltan los tiernos corderillos
Que lamerán tus amorosas manos.

¡Ven, ven Pastor! Al pie de la montaña
Tengo un terruño y un pomar, que en muerte
Mi padre me legó, y una cabaña.

¡Víctima noble de enemiga suerte,
La azul pupila que el dolor empaña
A este retiro, por piedad, convierte!